

CORRUPCION Y COMERCIO MUNDIAL DE ESTUPEFACIENTES**

Alain Cotta*

Las acciones de corrupción se han multiplicado últimamente de manera desigual. Las prácticas que consisten en remunerar a un individuo para que otorgue un derecho, que no debería permitirse, no son nuevas.

Ciertas actividades (comercio de armas, construcción y trabajos públicos) conocen, desde hace mucho tiempo, ese tipo de pagos ocultos, indispensables para la firma definitiva de un contrato. Existe una cierta corrupción, bastante generalizada y algunas veces inocente, que atraviesa (desde la cima hasta la base) a las sociedades de los países en vías de desarrollo, como si existiera un tipo de relación inverso entre el nivel de desarrollo y la importancia de tales prácticas.

En el orden político, ese fenómeno siempre ha parecido tener más fuerza cuando la práctica democrática está menos establecida: ¿no es una característica esencial de las dictaduras que el "jefe" desecha previamente, gracias a las comisiones ocultas, todo acuerdo público o privado, necesario para la participación de la vida económica de su nación?

* Alain Cotta es profesor de Economía de la Universidad de Paris-Dauphine.

** El presente artículo fue publicado bajo el título de "La Corrupción. Desde los Estupefacientes Hacia las Actividades no Materiales", en la Revista Problemes Economiques, No. 2,336. Tomado del periódico Excelsior de México, 6 de octubre de 1994

A pesar de todo, a principios de los 80, la mayoría de las naciones desarrolladas escaparon de la corrupción, salvo en algunos aspectos especiales. Por razones históricas, Francia aparece, incluso en esa misma época, como uno de los países menos involucrados.

Toda corrupción es un abuso de confianza de parte de un individuo frente a la sociedad que le delegó un poder a ejercer, no por su valor propio sino que le fue dado por una organización.

Según se trate de un funcionario, ejecutivo o un director de un grupo, los efectos de la corrupción pueden ser, en el orden económico, diferentes; pero en el orden personal (para no decir moral), son idénticos: corromper significa literalmente podrir.

Una sociedad que recibe con las manos abiertas a la corrupción, no estalla, no se pulveriza, no se fractura, pero se pudre. Escapando de esta manera a toda salvación.

Este es el peligro que corren actualmente las sociedades que se han convertido en adeptas, en el aspecto nacional, a un capitalismo desde ahora sin rival. Se puede uno mismo preguntar si este enemigo interno no es más peligroso que el espantajo (bastante ridículo además) de lo que fue con sus actos el socialismo durante casi un siglo.

De hecho, si no se combate lo más rápido posible la corrupción, el capitalismo y su institución reina, el mercado, corren el riesgo de tener un futuro mucho más difícil a vivir que lo que fueron los años de la Guerra Fría. Es así que la investigación sobre las causas del aumento brutal y reciente de las prácticas de la corrupción, constituye una de las obligaciones más urgentes de las ciencias sociales.

Un fenómeno social de envergadura tal como lo es la invasión de la corrupción, no puede tener una sola causa; existe una multitud de ellas casi siempre asociadas, al menos parcialmente, y es difícil apreciar el papel que juegan cada una, sobre todo porque el fenómeno presenta rasgos particulares para cada colectividad nacional. Es así que se percibe mucho más en un país como Francia hasta ahora invadida por sus prácticas, que en una "república bananera" acostumbrada a padecer una situación de corrupción generalizada. Desde un punto de vista global, el desarrollo de la corrupción en el aspecto económico parece tener tres causas esenciales.

La no materialidad creciente de las actividades

La primera causa es, sin duda alguna, la más insidiosa. Subproducto casi natural de la evolución tecnológica, no parece traer en sí misma la menor incitación a la corrupción, sólo la facilita.

Se trata del crecimiento extremadamente rápido de las actividades no materiales en relación con la producción material. Todos sabemos que la evolución de la tecnología, desde hace 50 años, tiene únicamente efectos sobre nuestras vidas cotidianas (modos de consumo, condiciones de trabajo) en la sustitución de la información por lo material, en la invasión progresiva de la neurona en detrimento del músculo.

Este fenómeno ha sido estudiado en casi todos sus aspectos, salvo en el que nos ocupa en este artículo: la relación entre la tecnología y la corrupción.

A diferencia de la producción material, la actividad no material presenta un trazo nuevo completamente específico: la impresión de su costo y, por lo tanto, de su precio.

Quien fabrica un bien material puede calcular con precisión el costo de las materias primas, del tiempo de trabajo, hasta el punto de que el cálculo económico de ese costo se podría efectuar en unidades tomadas de la física (por ejemplo, en calorías).

Siendo objetivo el cálculo del costo, lo mismo que el de la productividad, permite comparar de manera simple e inmediata el costo y el precio.

La ganancia (la diferencia entre costo y precio) puede ser así evaluada tanto en su cantidad absoluta como en su importancia relativa, en relación con su costo y precio. De esta manera podemos, efectivamente, estar de acuerdo sobre ese famoso "precio justo", noción sobre la cual (desde Santo Tomás de Aquino) gira el pensamiento teológico y, sobre todo, la moral económica en lo que ésta tiene de más importante y más permanente aunque inexpresada.

—En tanto que el precio se sitúe bajo el dominio de la producción material, no podrá alejarse del valor de producción. Pero, a partir de que entra en el dominio de las actividades no materiales

(aún llamadas "de comunicación") esta valiosa base desaparece.

Si se piensa, por ejemplo, en las actividades llamadas de comunicación social (publicidad, relaciones públicas, fabricación de imágenes para uso personal o colectivo, circulación de la información) se observa muy bien la manera de cómo se le arranca la base objetiva (que representa el costo) al universo de la producción material.

Es cierto que se puede evaluar el precio del papel en el que se imprimen la imagen y texto publicitario; pero ¿qué representa éste, comparado con la ganancia que el mensaje computarizado piensa obtener? Esto vale más aún para la información y, principalmente, para las "relaciones públicas", que son un avatar contemporáneo, convertidas en comerciantes oficiales del tráfico de influencias.

Esta evolución seguramente no ha terminado. La industria tiene como vocación el bajar lo más posible los costos de producción de los bienes materiales. Libera también, bajo reserva de la presión democrática, un parte creciente de nuestro tiempo rápidamente transformada en esas múltiples relaciones sociales, que cada vez más se comercializan.

Se puede decir, sin exagerar, que la industrialización engendra una sociedad donde la influencia se convierte, oficialmente, en un objeto de tráfico banalizado y generalizado.

Ahora bien, este tráfico se presta casi espontáneamente a la corrupción. Y no porque se trata de la comunicación, sino porque trae sobre sí, actividades donde el costo está liberado del valor, y la productividad no tiene ningún contenido objetivo.

Cuando un individuo es poseedor, debido a sus funciones, del derecho de decidir una campaña publicitaria de un millón de francos, posee "de facto" una considerable capacidad de corrupción. ¿Por qué? No es que la publicidad esté más expuesta a la corrupción, sino porque, entre el costo efectivo de la campaña (notemos el término militar) y sus efectos, la relación es de las más relajantes: nada prueba que el azar de un buen mensaje haya hecho más rentable un esfuerzo menos costoso. La capacidad de corrupción, de esta manera presentada, no podría quedar inutilizada cualquiera que fuesen los sistemas económicos que la causaran.

La ausencia de relación entre precio y costo proporciona un

margen de maniobra más grande, aun de la que disponían los famosos planificadores "socialistas" en su mundo material. Un gran número de actividades nuevas —de hecho todas las actividades no materiales— abren, a medida que se desarrollan, un dominio natural de expansión continuo a la corrupción.

¿Se puede medir el poder propiamente financiero de los directores de compras de las grandes cadenas de distribución, de los directores de publicidad de los grandes grupos industriales? ¿Se ha tomado conciencia de que su poder no puede sino que aumentar y, por lo tanto, cualquiera que sea la entereza de su carácter, incrementa también sus tentaciones a corromper y a ser corrompido?

Es así que la no materialidad creciente de la actividad económica parece ser el principio de uno de los elementos más recientes de la corrupción.

El que un funcionario se deje convencer por las diversas ventajas que le proporciona su acuerdo, es una práctica generalizada desde la antigüedad. Pero las prácticas de corrupción que aparecen en las organizaciones, empresas privadas o públicas, asociaciones y cualquier otra forma de institución, son consecuencia directa de la no materialidad creciente de la mayoría de nuestras actividades. Esta evolución abre un proceso acumulativo que relaciona nivel de desarrollo, no materialidad y ganancias elevadas.

Entre más se desarrollan las economías, las actividades serán no materiales y más comercializadas, entre más considerables sean los riesgos financieros más se multiplicarán las tentaciones "naturales" para la corrupción.

El mundo de los estupefacientes

La segunda causa del incremento de la corrupción en todas las economías nacionales, cualquiera que sea su grado de desarrollo, tiende a tener un encadenamiento del cual se insiste en ignorar los efectos. Se trata de la enorme masa de dinero mal utilizada que se vierte sobre la economía mundial desde hace 20 años y que desde hace 10 tiene su origen en la producción y el comercio de estupefacientes.

En 1973 y 1979 el mundo encontró una salida en los petrodóla-

res que representaban, aproximadamente, 100 mil millones por año, es decir, uno por ciento del producto mundial. Esos ingresos pertenecían a individuos que no hacían uso de ellos, debido a que no los necesitaban ni para alimentarse ni para acumular bienes materiales.

Se trataba entonces de flujos financieros completamente "respetables", dado que el respeto en materia de dinero sigue a la riqueza. Esto no implica que su amplitud jugase un papel importante en la mutación rápida del universo financiero mundial, lo mismo que en la evolución de técnicas financieras y mercados. La "transferencia petrolera" provoca el fin de los cambios fijos y acompaña el inicio de los eurodólares; permanece indisociada del crecimiento extraordinariamente rápido de las transacciones financieras mundiales y de la especulación inevitable y, además, deseada por algunos.

Pero este dinero podía ser mostrado. El dinero de la droga no puede hacerlo. Sin embargo, su masa es, a la fecha, mucho más considerable que la que fue de los petrodólares, los cuales están en vía de desaparición. El desarrollo de la producción de todos los tipos de drogas, desde el principio de los 80, es considerable.

Según las recientes encuestas de la Oficina Internacional de Estupefacientes, se mide actualmente en miles de millones de toneladas la producción de opio, de cocaína, marihuana y hachís (ver el cuadro al final). Esas cifras producen sufrimiento, desesperación y muerte. Implican también una red de actividades nuevas, de la cual toda la economía mundial le es tributaria.

Esas cifras de producción deben, inmediatamente, interpretarse en términos financieros: si se multiplican estas producciones por el costo de venta usual en el mundo, se obtiene una cifra que varía entre 300 y 500 mil millones de dólares, es decir, de 2 a 3.5% del producto mundial.

Unicamente para los mercados de Estados Unidos y Europa, es de 120 a 150 mil millones de dólares, es decir infinitamente más (incluso tomando en cuenta la inflación) de lo que representaban los petrodólares hace 20 años. Sin embargo, este dinero es "sucio", en el sentido de que ninguno de los miembros de la filial de la droga —campesinos, productores, transformadores, revendedores,

pequeños intermediarios— no pueden confesar su posesión y mucho menos acumularlo bajo su forma primaria. Es así que el mundo vive, desgraciadamente, con la obligación de encontrar cada día un estatuto oficial para mil millones de dólares.

La característica, sin duda la más inquietante, de esos narcodólares es que tienen la necesidad de ser inmediatamente "lavados". Es molesto detallar todas las actividades y comportamientos que son necesarios para esta operación. Ciertas evaluaciones son mucho más elocuentes que todos estos números (ver esquema). El trayecto seguido por el billete de la droga, hasta la compra masiva de los bonos del Tesoro americano por el titular de una cuenta oficial de un banco (este mismo demasiado conocido), exige operaciones financieras muy sofisticadas; exige, sobre todo, intermediarios para realizar esas operaciones.

Esos intermediarios son ciertos abogados, agentes de cambio, bancos, empresas, sociedades, especialistas en realizar falsas facturas y aparentes préstamos.

Para sorpresa, una u otra de estas personas o instituciones puede, efectivamente, jugar el papel de lavar de buena fe. Pero en más de una ocasión, cuando su participación, en cualquiera de los puntos del circuito, se convierte en durable o permanente, se corrompe.

Es una corrupción, de la peor especie, que hace de las personas comerciantes de la muerte. La mayoría de ellas se mantendrán lejos de los hospitales donde mueren los adictos y de los lugares donde se arreglan las cuentas con violencia, pero no podrán jamás disimularse a sí mismas que son corruptas. Se verán obligadas, por lo tanto, ya sea a legitimizar su actitud o a sufrir secretamente.

Al final, esta economía de la droga no podría desarrollarse sin los efectos de los cuales se comienza a percibir su extrema nocividad. Más allá del despilfarro y otras locuras de comportamiento, se trata de una verdadera amenaza para la democracia. Esta economía de la corrupción ha cesado en desarrollarse, de hecho, en un vaso cerrado, al lado de la economía oficial. En Italia, a medida que el poder de la mafia se extiende hacia el norte, se ha visto su enrede con las instituciones políticas tradicionales. Ciertos Estados de Norteamérica se encuentran bajo la influencia del "sindicato del crimen". Pero los recientes escándalos japoneses van más allá,

debido a que han revelado la existencia de una alianza ente los círculos económicos y políticos y el Yazaka, variedad nipona (por lo tanto, particularmente organizada) del "miedo", cuyas actividades reposan más que nunca en la droga. La impunidad total de la que gozan esta últimas maniobras, fundadas básicamente sobre prácticas de corrupción masiva, parece haber llevado a toda la sociedad japonesa a una resignación que la misma democracia podría pasar como un simple engaño.

Cuando se examina la evolución de esta producción de droga y sus privilegiadas localizaciones, sólo puede aumentar la inquietud. En efecto, un cierto número de países llamados subdesarrollados —Bolivia, Birmania, Laos, Tailandia, Afganistán, Pakistán, Chile— han hecho de esta producción un medio de subsistencia absolutamente necesario. Las cantidades implicadas en el lavado de la droga (200 mil millones lo más bajo) corresponden al doble del excedente de la balanza exterior japonesa, la única que tiene esta posición favorable. En Pakistán, el ingreso recibido por la droga equivale más o menos al producto interno bruto de su economía oficial; los tres o cuatro mil millones de dólares obtenidos por la droga son superiores al déficit presupuestal, el cual llega a toda la economía social. En todos los países en vías de desarrollo, el comportamiento del productor corrupto se legitima fácilmente: se valora el podrir de drogas y de corrupción a un mundo desarrollado que, hasta el momento, se había presentado como invulnerable. Por lo tanto, no es extraño que el debate interminable sobre el nivel de precios de las materias, haya cesado en el momento de la expansión de la economía mundial de los estupefacientes.

No se puede anticipar una detención brutal ni, incluso, una disminución de la producción de droga. La corrupción que se injerta sobre esta "economía negra" no corre ningún peligro de interrumpirse y lo mismo sucede con lo que hace posible la no materialidad de las actividades. Aunque la conjunción de estas dos grandes incitaciones a la corrupción venga del último decenio, la propagación de esas prácticas hubiera sido, sin duda, menos espectacular si no se hubiera operado al momento mismo un tercer factor: la propagación, con la brutalidad que permiten actualmente los medios, de la ideología monetaria sobre el conjunto del mundo desarrollado.

Los avatares éticos del monetarismo

La propagación, sin precedente, de las prácticas de corrupción está estrechamente ligada a una especie de tabla rasa, operada por el monetarismo con respecto de los paradigmas económicos impuestos al inicio de la decena. La invasión de la horda monetarista será el deleite de los historiadores. Invasión poco previsible, debido, por un lado, a que al monetarismo le falta un estatuto teórico y, por el otro, a su emergencia; pero con su guerra relámpago, con Ronald Reagan y los excesos inflacionistas, se lo deberán a la decena precedente.

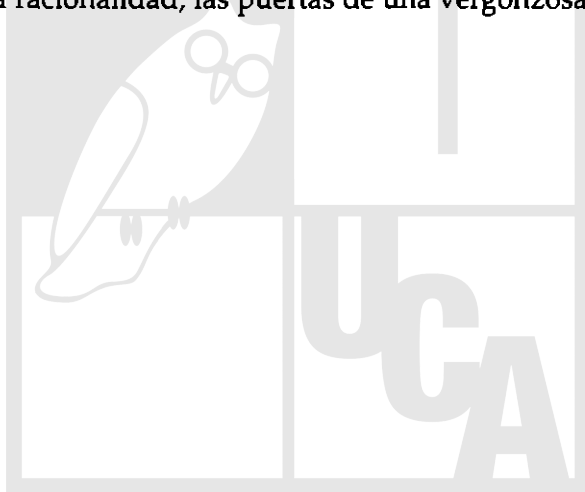
A principios de los 80, nadie podía suponer que ese gobernador popular iba a poner de rodillas a la Unión Soviética (para que ésta estallara fueron necesarias también las chiquilladas de Gorbachov) ni, sobre todo, que la política económica de los países desarrollados iba a limitarse a luchar contra la inflación y a descuidar, con cierta altanería, otras consideraciones. Dejando a un lado los efectos de tal actitud en la última decena del siglo, insistimos aquí sobre los efectos psicológicos y sociales, altamente previsible, de esta insistencia sobre la moneda.

En esta extraordinaria modificación de objetivos y medios de la política económica de países ricos, todo parece estar en cierta forma ligado. La insistencia puesta sobre la moneda (antes que se convirtiese rápidamente en exclusiva) manifestaba la supremacía de lo no material sobre lo material. El acento ya no estaba colocado sobre la producción de bienes reales (el crecimiento) sino sobre la disminución de una relación de intercambio por encima de la tasa de inflación. La moneda, de esta manera coronada, legitimaba el comportamiento de todos aquellos que (toda debilidad sentimental se ponía aparte) justificaban todos sus comportamientos en nombre de la ganancia, comenzando, evidentemente, por la corrupción.

Sin darnos cuenta, la ideología de la moneda envió a sus seudópodes a todas las direcciones comprendiendo también aquella de la justificación "racional" de la corrupción. En la primera mitad de la decenia se vieron florecer algunos desarrollos teóricos, tendentes a hacernos creer que se podía considerar a la corrupción como un juego de azar, que se le podía legitimizar aún más que al juego,

bajo el pretexto de que la corrupción liberaba al mercado los derechos que podían quedar sin utilización en otras circunstancias y que se le podía dar, por lo tanto, el mismo tipo de juzgamiento matizado e indulgente, que se le da a la especulación.

La amplitud de los efectos de la ideología monetarista no era previsible, salvo por los pesimistas empedernidos. Pero el hecho de que la especulación y la corrupción hayan recibido el mismo apoyo teórico y hayan conocido los mismo éxitos sobre los comportamientos sociales, no nos debe extrañar. Quién abandona de esta forma el mundo real (el de los bienes materiales y de las necesidades fundamentales) y que considera que el ser humano se reduce a una racionalidad de supermercado, la reciente evolución de la corrupción muestra que no hay que jugar con el alma humana. Si nuestras sociedades no toman rápidamente conciencia de la pudrición que las amenaza, si no reúnen los medios propios para prevenir el contagio, el futuro pasará sobre las promesas de aquellos que, osando llamarse economistas, abren en grande y en nombre de la racionalidad, las puertas de una vergonzosa decadencia.



Producción mundial de drogas
(en toneladas)

	1986	1988	1990
OPIO			
Asia Sud-oeste	740 a 1060	1090 a 1420	818 a 1328
Asia Sud-este	820 a 1415	1298 a 1833	3120 a 3270
Guatemala	—	—	6
Líbano	—	—	45
México	35 a 50	45 a 55	85
TOTAL	1595 a 2525	2433 a 3308	4074 a 4734
HOJA DE COCA			
Bolivia	44000 a 52920	57445 a 78355	64000
Colombia	12000 a 13600	19000 a 24200	33360
Perú	95000 a 120000	97000 a 124000	108544
Ecuador	1000	300 a 500	170
TOTAL	152000 a 187520	17345 a 227055	206074
MARIGUANA			
México	4000 a 6000	5655	45590
Colombia	2530 a 3630	5927 a 9625	1500
Jamaica	1485 a 2025	340 a 470	190
Belice	550	120	66
Otros	800 a 1000	3000 a 4000	3500
TOTAL	9365 a 13205	15042 a 19870	52846
HACHIS			
Líbano	720	700	1000
Pakistán	200	200	200
Afganistán	200 a 400	200 a 400	300
Marruecos	30 a 60	85	85
TOTAL	1150 a 1380	1185 a 1385	1585

LAS ETAPAS DEL LAVADO DEL DINERO

